

Iglesia». Pero están mencionados, no integrados, al menos, no del todo. Por ejemplo, lo mismo que en el Documento aludido, en la mayor parte de estos artículos se hace una referencia a la hermenéutica como uno de los caminos por los que el método histórico crítico debe salir de su ensimismamiento. Sin embargo, la hermenéutica moderna tiene una dimensión ambigua, ya que en el fondo los autores la quieren derivar de la actitud de los estoicos hacia la verdad manifestada en los textos; en cambio, la hermenéutica cristiana nace del acontecimiento Jesucristo que hace resignificar a los textos. Es evidente que no se puede hacer una hermenéutica cristiana —ni una hermenéutica bíblica— que no esté en consonancia con una hermenéutica filosófica general, pero esta hermenéutica cristiana, no se puede derivar de la hermenéutica filosófica sin más. Es necesario hacer el recorrido de la interpretación que tiene presente el objeto de interpretación —no sólo el texto bíblico, sino también la Revelación expresada a través de los textos— y los diversos pasos que acaban en una aplicación no-arbitraria del texto a la propia vida: comprensión, interpretación, explicación y apropiación. Pero este recorrido, largo sin duda, hasta ahora sólo se ha presentado de modo fragmentario. Es necesario trabajar más en esta dirección. Ése es uno de los méritos de este compendio: muestra muy bien el reto que la reflexión teológica y la exégesis tienen por delante.

Vicente BALAGUER

Fernando SEBASTIÁN AGUILAR, *La verdad del Evangelio. Cartas a los españoles perplejos en materia de cristianismo*, Ed. Sígueme, Salamanca 2003, 909 pp., 19 x 25, ISBN 84-301-1492-0.

«Me parecía que una de las cosas más importantes que tenía que hacer como obispo era alimentar doctrinalmente la vida religiosa, espiritual y moral de mis hermanos. Lo tenía que hacer ante todo con la predicación. Pero la necesidad de llegar a más gente y de reforzar la presencia del pensamiento cristiano en la opinión pública me llevó a pensar en este “género chico”, pequeños escritos pastorales sobre los acontecimientos que las circunstancias fueran aconsejando». Con estas palabras explica Mons. Fernando Sebastián, en una de las presentaciones de la presente obra (pp. 15-16), el nacimiento, apenas nombrado obispo de León, de las cartas que desde entonces, y hasta nuestros días, comenzó a redactar para dirigirse, también a través de los medios de comunicación social, a los feligreses de las diócesis que le correspondió presidir.

Esas cartas —en edición preparada por Olegario González de Cardedal con un grupo de colaboradores— constituyen el contenido de la presente obra.

En total 465 cartas, correspondientes: 86, al periodo como obispo de León (1979-1983); 54, al periodo como obispo de Málaga (1991-1993), y 325, al periodo como obispo de Pamplona (1993-...; las cartas recogidas llegan sólo, como es lógico, hasta la fecha de la edición: 2003). Cubren pues la totalidad de la actividad episcopal de Fernando Sebastián, con la excepción de los años 1983 a 1991, en que ocupó los cargos de Secretario de la Conferencia Episcopal y de Arzobispo Coadjutor de Granada.

Completan el libro, dos presentaciones y un epílogo. Las presentaciones son de la pluma del propio Fernando Sebastián que ofrece, en la primera de ellas (pp. 9-18), un interesante y sincero testimonio acerca de su itinerario intelectual y apostólico, desde su ingreso en la Congregación claretiana a su amplia y dilatada actividad episcopal, pasando por sus tiempos de profesor de teología y su labor en el gobierno de la Universidad de Salamanca. Y en la segunda (pp. 19-23), tomando pie de que en el 2003 se cumplía el quincuagésimo aniversario de su ordenación, una reflexión, fundamentada en el núcleo de la fe cristiana y en su propia experiencia, acerca de cuanto implica el ministerio sacerdotal. El epílogo, debido a la pluma de Olegario González de Cardedal, lleva por título «Trayectoria de una vida»; a lo largo de una veintena de páginas (861-885), el que fuera colega de claustro y entonces, y siempre, amigo de Fernando Sebastián, traza una semblanza de su figura rigurosa en la información y en los datos, y llena de penetración y de afecto en los comentarios y valoraciones.

Contemporáneamente a la edición en castellano, se ha publicado la edición en euskera, preparada por el Departamento de Pastoral en Euskera de la archidiócesis de Pamplona y publicada con el título *La vida al hilo de la fe. Cartas fundamentadas en la fe* (Editorial Verbo Divino, Estella 2004). El contenido de ambos volúmenes coincide, con una diferencia: en la edición en euskera, las cartas están agrupadas por temas (educación cristiana, cuestiones morales, seminario y vocaciones, cuestiones sobre la paz, tiempos y celebraciones litúrgicas, etc.); en la edición en castellano, las cartas aparecen por orden cronológico, si bien un breve índice temático (pp. 889-894) completa y cierra la obra. Una organización también sistemática tiene la selección de textos, tomados de las cartas así como de algunas homilías y conferencias, realizada por el sacerdote navarro José G. Vera y publicada en la BAC con el título *Mons. Fernando Sebastián, testigo del Evangelio* (Madrid 2004; el libro incluye además un epílogo, encaminado a ofrecer algunas claves de lectura del magisterio de Mons. Sebastián, escrito por Manuel Reyes, que colaboró con él durante su ministerio episcopal en Granada).

Cada uno de esos dos esquemas, el sistemático y el cronológico, tiene sus ventajas. El sistemático, seguido en la edición en euskera y en el libro con tex-

tos selectos, facilita la rápida percepción del magisterio de Fernando Sebastián sobre los temas en torno a los que las cartas o escritos se agrupan. El adoptado para la edición completa en castellano, al recoger la totalidad de las cartas por orden cronológico permite en cambio seguir de cerca su itinerario a lo largo de los años y percibir el modo cómo el fluir de los acontecimientos ha ido teniendo acogida en su planteamiento intelectual y pastoral.

Volviendo a la obra que directamente reseñamos, digamos que todo intento de analizar su contenido es tarea ímproba, no sólo por la variedad de los temas tratados en las cartas, sino también por el largo arco de tiempo de abarcan. Afortunadamente el propio Fernando Sebastián da, en la presentación inicial (pp. 16-18), una clave hermenéutica, señalando que estos escritos hacen referencia a cinco áreas fundamentales: liturgia y espiritualidad, iniciación cristiana, dimensión eclesial de la fe cristiana, cuestiones morales controvertidas; orden sacerdotal y vocaciones. Esa síntesis temática implica, como su simple enumeración pone de manifiesto, un nexo intelectual claro: se parte del núcleo fontal de la experiencia cristiana (la economía sacramental, la liturgia, la vida espiritual), para pasar de ahí, y radicándose en ese fundamento, a afrontar el vivir de la Iglesia y de la comunidad cristiana y lanzar finalmente una mirada hacia ese futuro que prepara —o, al menos, aspira a preparar— el sucederse de las vocaciones. La lectura del libro confirma que las diversas cartas, más allá de la variedad de su temática y su dilatación en el tiempo, están unidas precisamente por ese hilo conductor.

La lectura de los textos evidencia a la vez la coherencia que las cartas, su contenido y su tono, guardan con la vida de su autor. Formado en la espiritualidad sacerdotal y misionera de San Antonio María Claret y orientado hacia la investigación y la docencia teológica, Fernando Sebastián abordó esta tarea con una actitud de espíritu en la que repercutía el peso dejado en su ánimo por sus pasos iniciales. «Para mí —declara—, estudiar teología era ante todo un ejercicio de fe, mi manera personal de creer y de entrar en el mundo de la fe». «En continuidad con esa manera personal de amar la teología —añade a continuación—, quise hacer también de mi actividad docente un verdadero servicio de fe y de apostolado» (p. 11). La dimensión sacerdotal y la teológica, la intelectual y la apostólica, íntimamente unidas, dieron vida a un específico modo de enfocar las diversas tareas que llenaron sus años de estudio y luego los dedicados a la docencia. Se entiende así que, al referirse a su nombramiento episcopal, con el consiguiente cambio de actividad que de ahí derivaba, después de reconocer que ese tránsito «significó para mí un desarraigo profundo y doloroso», pueda añadir, pocas líneas después, que «mentiría si dijera que en aquel trance sufría alguna ruptura interior. En mi interior tuve la sensación de seguir

siendo el mismo» (p. 9); juicio que reitera, páginas más adelante, al colocar su paso desde la docencia al episcopado bajo el siguiente título: «El ministerio episcopal, lo mismo de distinta manera».

Las cartas que integran la obra confirman ese testimonio. En todas y cada una de ellas, Fernando Sebastián se manifiesta como pastor y como teólogo. Como pastor, porque escribe atento a las necesidades de la comunidad a la que se dirige; en ocasiones, para responder a temas y cuestiones presentes en el contexto que le rodea; en otros momentos, para promover y potenciar actitudes o disposiciones de ánimo que deberían estar vivas, pero que sufren embates o incluso amenazan con zozobrar; y siempre hablando no desde arriba o desde fuera, sino entrando en sintonía con el ánimo de sus lectores. Como teólogo, porque, aunque el tono sea en ocasiones parenético, su palabra va siempre dirigida tanto al corazón como a la mente; mejor, al corazón pasando por la mente, con el deseo de que las palabras que escribe den lugar a convicciones que, precisamente por tener hondas raíces intelectuales, sean plena y duraderamente operativas. Situado en la historia, Fernando Sebastián aspira a que los cristianos a los que se dirige, y de los que como obispo se sabe y se siente responsable, se sitúen sincera y decididamente en la historia, con conciencia de que la fe que han recibido puede, en primer lugar y ante todo, dar sentido a sus vidas; y, desde ahí, ofrecer luz e impulso para afrontar y resolver, en libre y sincera colaboración con todo tipo de personas, los problemas de la sociedad.

No vacilo, por eso, en hacer mío un pasaje de la intervención que Mons. Ricardo Blázquez, obispo de Bilbao y Gran Canciller de la Universidad de Salamanca, tuvo en el acto, que, para presentar este libro, se celebró el 3 de febrero de 2004 en esa universidad: «Varias palabras pronunciadas con vigor, siempre con un toque de novedad y con la conciencia de que deben ser trascendidas por la realidad misma, a la que se dirigen el corazón y la mente del creyente, aparecen reiteradamente en las cartas de D. Fernando: fe, amor, respeto, esperanza, adoración de Dios; Jesús Hijo de Dios encarnado y Redentor de la humanidad; la Iglesia, presencia de Jesucristo y de su Espíritu en medio del mundo; (...) amor, santidad, verdad, fidelidad, autenticidad, oración, sinceridad, paz, moral cristiana, respeto a la dignidad del hombre y de la mujer como personas; vida eterna, ya incoada y que esperamos recibir definitivamente, dando sentido a la vida y a la acción humana en la historia; presencia y trabajo coherente de los cristianos en medio de la sociedad sin miedos ni adaptaciones complacientes» (el texto de la presentación está reproducido en el «Boletín Oficial del obispado de Bilbao» n. 555, marzo 2004, pp. 107-118; las frases que hemos citado se encuentran en pp. 115-116).

Muchas otras cosas podrían, como es lógico, decirse. Cuanto antecede puede bastar sin embargo para evocar, aunque sea en líneas generales, el contenido y el estilo del libro. Y sobre todo para animar a su lectura. No tal vez de un tirón —no es eso lo que piden su contenido y su estructura—, sino yendo de una carta a otra, según lo que aconsejen las circunstancias en la que la lectura tiene lugar. Porque ello permitirá conocer no sólo las ideas, sino también el temple intelectual y espiritual, de una de las personalidades más significativas de la Iglesia española contemporánea. Y, gracias a ese encuentro, reflexionar sobre algunas de las cuestiones más candentes en la España, y en la Europa, de nuestros días.

José Luis ILLANES